

JUAN 8,12-30

TEXTO

«¹²Así que, de nuevo **Jesús** les habló diciendo: “**Yo soy la luz del mundo**; el que **me siga** no caminará *en la tiniebla*, sino que tendrá *la luz de la vida*”.

¹³Así que le dijeron **los fariseos**: “**Tú testimonias** sobre ti mismo; **tu testimonio** no es *verdadero*”.

¹⁴Respondió **Jesús** y les dijo: “Aunque **yo testimonio** sobre mí mismo, **mi testimonio** es *verdadero*, porque sé de dónde he venido y a dónde voy, pero **vosotros** no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy.

¹⁵**Vosotros juzgáis** según la carne; **yo no juzgo** a nadie, ¹⁶pero si **yo juzgo**, **mi juicio** es *verdadero*, porque no soy **yo** solo [quien juzga], sino **yo** y **el Padre que me envió**.

¹⁷Y en vuestra *ley* está escrito que **el testimonio** de dos personas es *verdadero*; ¹⁸**yo soy el que testimonio sobre mí mismo** y **el Padre que me envió testimonio** sobre mí”.

¹⁹Así que le dijeron: “¿Dónde está tu Padre?”.

Respondió **Jesús**: “Ni **me conocéis** ni tampoco a **mi Padre**; si **me conocierais**, también **conoceríais** a **mi Padre**”.

²⁰Estas palabras las dijo en el Tesoro, enseñando **en el templo**; y nadie lo detuvo porque aún no había llegado **su hora**.

²¹Así que les dijo de nuevo: “**Yo** me voy y **me** buscaréis, y moriréis en **vuestro** pecado; a donde **yo** voy **vosotros** no podéis venir”.

²²Así que decían **los judíos**: “¿Es que se va a suicidar, pues dice: ‘A donde **yo** voy **vosotros** no podéis venir’?”.

²³Y les decía: “**Vosotros** sois *de abajo*; **yo** soy *de arriba*. **Vosotros** sois *de este mundo*; **yo** no soy *de este mundo*. ²⁴Así que os dije que moriríais en **vuestros** pecados, porque moriréis en **vuestros** pecados si **no creéis** que **yo soy**”.

²⁵Así que le decían: “¿**Tú** quién eres?”.

Les dijo **Jesús**: “¿De qué **os** estoy hablando? ²⁶Tengo mucho que **decir y juzgar** sobre **vosotros**; pero **el que me envió** es **verdadero** y **yo** hablo al mundo lo que le oído a él”.

²⁷(**No conocieron** que les hablaba del Padre).

²⁸Así que les dijo **Jesús**: “Cuando **hayáis levantado al Hijo del hombre**, entonces **conoceréis** que **yo soy** y que no hago nada por **mí** mismo, sino que hablo tal como el Padre me enseñó. ²⁹Y **el que me envió** está **conmigo**; no me ha dejado solo, porque siempre hago lo que le agrada”.

³⁰Al hablar estas cosas, **muchos creyeron en él**».

COMENTARIO

.- **Vv. 12-20:** Jesús proclama «Yo soy la luz del mundo» (v. 12a) en el marco de una fiesta en la que el templo se había convertido en la luz de Jerusalén. Otro trasfondo que nos ayuda a entender las palabras de Jesús procede de la identificación de la Ley, la *Torá*, como la luz que tenía que darse al mundo según las tradiciones sapienciales judías (cf. Sab 18,4; cf. también Sal 119,105; Prov 6,23; Eclo 24,27). Los rabinos también decían que la Ley era como una lámpara o una luz. Jesús afirma que es la luz del mundo en un contexto dominado por la discusión, la duda y la división. La presencia de la luz requiere una decisión, pues la luz de Jesús trae consigo una doble posibilidad. Se puede permanecer en la oscuridad o caminar en la luz de vida siguiendo a Jesús (v. 12b). La afirmación cristológica del v. 12a y sus consecuencias, detalladas en el v. 12b, forman el programa del resto del cap. 8. Por una parte, Jesús perfecciona la liturgia de los Tabernáculos (v. 12a); por otra, su revelación como luz trae el juicio (v. 12b). La aceptación o el rechazo de la revelación que Jesús hace del Padre se encuentran en el núcleo de la discusión que sigue.

.- De forma inmediata se suscita una cuestión legal (v. 13). De acuerdo con las exigencias legales de Nm 35,30 y Dt 17,6, el testimonio que da Jesús de sí mismo no es válido. Ahora bien, esto sería cierto si aceptamos que las palabras de Jesús son un testimonio (*martyria*) en un sentido judicial, pero Jesús no es un acusado que esté buscando testigos para defenderse como en 5,31. En el cap. 5, Jesús aceptó la situación como un proceso judicial. Pero en este contexto no hay nada que nos indique que estamos ante un proceso, sino que lo que los fariseos intentan es comprender y controlar a Jesús mediante su sistema legal. Ahora bien, discutir la afirmación de Jesús, de que él personifica, perfecciona y universaliza la luz del Templo y la luz de la Ley, sobre la base de una tradición legal, significa no entender lo que dice. Los fariseos atacan el valor del testimonio de Jesús, pero él afirma que es la revelación exclusiva de Dios en el mundo (v. 12). Lo que una vez significó la Ley para Israel, Jesús lo significa ahora para el mundo. Responder a la afirmación de Jesús juzgándola como un testimonio judicial, significa no reconocer la naturaleza de lo que dice: Jesús es la presencia del Dios que se revela y juzga. Por su origen y su destino (v. 14), el testimonio de Jesús no puede medirse según las normas tradicionales. Él puede dar testimonio de sí mismo y este testimonio es veraz. Ya había defendido su tesis con los fariseos (cf. 7,32-36), pero éstos no aceptaron sus afirmaciones.

De nuevo se produce un conflicto entre la referencia que hace Jesús a su origen junto al padre, y los intentos mundanos y terrenales de los fariseos por controlar y condenar a Jesús a partir de la Ley mosaica. Son incapaces de ir más allá de lo que pueden medir, ver, tocar y controlar; ellos juzgan «según la carne» (v. 15a). Se repite de nuevo la acusación anterior que Jesús hizo contra los «judíos», a quienes acusó de juzgar según lo que podían ver, es decir, «según las apariencias» (7,24). «Los judíos» y los fariseos son incapaces de ir más allá de las experiencias externas porque se detienen en el Jesús carnal, en lo que sus ojos pueden ver. No están abiertos a sus palabras sobre su origen y destino junto al Padre, una realidad que está más allá de su visión y su control.

.- En contraste con los fariseos, Jesús no juzga a nadie por su propia autoridad (vv. 15b-16). Él no juzga a nadie, pero hay una actividad judicial que brota de la unión que tiene con el que le envió (v. 16). Tras esta aparente contradicción subyace una lógica joánica. Jesús, el enviado por el Padre, da a conocer a Dios (v. 16b), por lo que un juicio fiable brota de su presencia entre los hombres y las mujeres que aceptan o rechazan esta revelación (vv. 15b-16). El juicio que surge de la aceptación o el rechazo de la revelación que acontece en Jesús, la luz del

mundo (v. 12a), no tiene trazos de falsedad. Es un juicio honesto -fiable, serio y auténtico-. La acusación de los fariseos (v. 13) se ve contrarrestada.

Jesús acepta que la Ley de «los judíos» exija el testimonio de dos personas para que fuera válido (v. 17; cf. Dt 17,6; 19,15), pero esta norma no puede aplicarse a este caso. Jesús puede dar testimonio de sí mismo porque fue enviado por el Padre, quien también da testimonio sobre él (v. 18). Detenerse en el Jesús histórico y aplicarle las sutilezas de la Ley significa no entender nada. La ley ha sido perfeccionada por la revelación de Dios en la persona y el mensaje del enviado. Mediante la Ley se dio un cierto conocimiento de Dios, pero Jesús no puede ser comprendido, ni mucho menos juzgado, por tal conocimiento.

.- La omnipresente cuestión sobre los orígenes de Jesús hace que los fariseos regresen al diálogo haciendo una pregunta que indica perplejidad: «¿Dónde está tu padre?» (v. 19a). Incapaces de salir fuera de su sistema legal, dan por supuesto de que está hablando de dos testigos: él y su padre. Se contentan con hacer preguntas que pudieran ayudarles a identificar la localización geográfica del padre de Jesús, pero evitan hacer la pregunta más importante: «¿Quién es tu Padre?».

Jesús condena su ignorancia. El verbo «conocer» se utiliza tres veces en el v. 19bc, para subrayar la importancia del verdadero reconocimiento de Jesús. La cerrazón mental de los fariseos les impide saber quién es Jesús y quién es su Padre. Conocer a uno es conocer al otro (v. 19bc). Estas afirmaciones ya se habían encontrado con una respuesta violenta. En 5,17, Jesús dijo: «Mi Padre aún sigue trabajando, y yo también trabajo», y «los judíos» respondieron con la decisión de que tenía que morir (5,18). La violencia también se cierne tras la respuesta a su reprimenda del v. 19, que depende de la misma intimidad entre Jesús y el Padre. Nadie lo detuvo, pues «aún no había llegado su hora» (v. 20b). El «aún no» mantiene la tensión en el relato. La hora no ha llegado «aún», pero, al final, formará parte de la historia de Jesús. Por el momento, Jesús permanece en el templo durante la fiesta de los Tabernáculos, enseñando en el Tesoro. Se mantiene el foco en la celebración de una fiesta de «los judíos».

.- **Vv. 21-30:** Se reanuda el diálogo mediante la expresión «de nuevo». En el v. 21, Jesús saca el tema de su origen y su destino, que constituyó el trasfondo de los vv. 12-20. Dice a sus adversarios que se dirige a un destino que está más allá de su alcance. Ya les había hablado de este asunto en dos ocasiones anteriores (cf. 7,33-34; 8,14), pero aquí añade una amenaza: lo buscarán, pero morirán en sus pecados. El verbo «buscar» se ha utilizado en algunas ocasiones para indicar que lo buscarían pero no lo encontrarían (cf. 7,34.36). También se ha utilizado en aquellas ocasiones en las que el narrador nos contó los planes que tenían «los judíos» de matar a Jesús (cf. 5,18; 7,1.19.20.25.30).

Jesús da la vuelta ahora al proceso. Su partida producirá la muerte de aquellos que lo buscan. Es posible que la «partida» de Jesús se lleve a cabo mediante la intervención violenta de «los judíos», pero forma parte de la hora de Jesús, el designio divino de que regresara al lugar de donde procedía. Esto conducirá a «la muerte» de sus adversarios. Puede que no sea la misma muerte física de Jesús, pero será un muerte espiritual resultante del rechazo a la revelación de Dios en y mediante Jesús (cf. 5,24).

.- El tema de la muerte prosigue al preguntarse «los judíos» si Jesús va a suicidarse (v. 22). En un nivel se trata de un sinsentido, pues Jesús no pretende una misión suicida, pero en otro nivel, Jesús va hacer todo lo que el Padre desee que haga (cf. 4,34; 5,36). Por consiguiente, en cierto sentido hay una muerte, querida por el Padre y aceptada por Jesús, que le devolverá al Padre, a un lugar donde «los judíos» no pueden nunca ir. El error de «los judíos» se basa en los orígenes de Jesús (v. 23). En palabras que recuerdan la discusión con Nicodemo (3,12-15), Jesús dice a «los judíos» que fracasan porque ellos son «de abajo», mientras que él es «de arriba». Si «los judíos» quieren ser salvados de sus pecados, tienen que superar este abismo.

«Los judíos» sólo pueden responder a estas palabras y acciones de Jesús en los términos de las tradiciones horizontales, de «abajo».

Pero el abismo puede aún superarse. Jesús pronuncia una nota de esperanza. Les ha dicho que morirían en sus pecados (v. 24a), pero no tenía por qué ser así de forma absolutamente necesaria: «Moriréis en vuestros pecados si no creéis que yo soy él» (v. 24b). Jesús dice a «los judíos» que pueden evitar la muerte espiritual si creen que él es el YO SOY. La biblia griega de los LXX, y especialmente el II Isaías, utilizan la expresión YO SOY (*ego eimi*) para insistir en que YHWH se reveló como el único Dios de Israel contra cualquier otro pretendiente. Utilizando la misma fórmula, Jesús revela su exclusiva afirmación de que él es la presencia de lo divino en la historia humana. Si «los judíos» creen que Jesús es la revelación del Padre, construirán un puente en el abismo entre «lo que está abajo» y «lo que está arriba», que es lo que les está llevando a la muerte en sus pecados.

- La frase «¿Tú quién eres?», del v. 25a, no es un rechazo de Jesús, sino una pregunta sincera que indica que muchas de las pretensiones de «los judíos» se dejan de lado, al menos temporalmente. Sin embargo, puede que ya sea demasiado tarde para hacer esta pregunta, puesto que ya han tomado muchas decisiones en contra de Jesús, y, además, es la pregunta a la que se ha ido dando respuesta a lo largo del relato hasta ahora. Les responde con una pregunta, aunque retórica, sobre sí mismo (v. 25b), que refleja «una impaciencia vehemente». A lo largo de los encuentros entre Jesús y «los judíos» en los caps. 7-8, «los judíos» no han podido ir más allá de lo que podían ver, tocar y controlar. Su medida consiste siempre en una rígida comprensión de la tradición mosaica. En los vv. 23-24, Jesús ha descrito el vacío que debe llenarse si «los judíos» quieren salvarse de sus pecados, pero la pregunta que hacen en el v. 25a aún manifiesta perplejidad.

Frente a tal obcecación, Jesús les pregunta: «¿De qué estoy hablando con vosotros?» (v. 25b). Puede que Jesús exprese su desesperación, pero aún persiste la esperanza. Es mucho lo que podía decir contra «los judíos» a causa de su dureza de corazón (v. 26a), pero no es éste el modo de actuar de Jesús. No ha venido para hacer lo que él considera oportuno. La verdad se encuentra en el que le envió, y Jesús ha venido para proclamar al mundo lo que le había escuchado (v. 26b).

El comentario que hace el narrador en el v. 27 indica la relevancia absolutamente determinante del Padre que envió a Jesús: «No conocieron [entendieron] que les hablaba del Padre». A Jesús le preocupa la respuesta de «los judíos» al que le envió, pero éstos son incapaces de entender esto.

- Jesús hace un último intento por convencer a sus destinatarios (vv. 28-29), y estos intentos se ven recompensados (v. 30). A lo largo del relato, Jesús ha dicho que da a conocer a Dios y que todo el que creyera en él tendría vida eterna. El lado oscuro y el lado luminoso del relato se unen en el v. 28, donde se dice a «los judíos» que levantarán al Hijo del hombre. Puede que esto no signifique nada más que serán ellos los que lo crucificarán (cf. 3,13-14). Sin embargo, en el Hijo del hombre elevado, un «levantamiento» realizado por «los judíos», acontecerá la revelación de Dios. Entonces se darán cuenta de la unión que existe entre Jesús y el Padre. A «los judíos» se les había dicho que serían liberados de sus pecados si creían en la afirmación de Jesús: YO SOY (v. 24). La promesa del v. 28a no se refiere a una salvación ni tampoco a una condenación, sino a la posibilidad de las dos en cuanto ofrecidas a la gente de todos los tiempos. El vínculo de la frase YO SOY con el levantamiento de Jesús se explica posteriormente en el v. 28b: la afirmación de Jesús de que él es la revelación de Dios en su levantamiento, brota de su total dependencia del Padre. Todo cuanto dice y hace Jesús es, en definitiva, la palabra y la acción del Padre (cf. 5,19-30), una auténtica revelación, una clarificación de la afirmación de Jesús en el v. 12. Él es la luz del mundo que traerá la luz de vida a todo el que lo sigue (cf. 3,16-21.31-36). La persistente fiabilidad de la revelación que hace Jesús del Padre

procede de la presencia constante del Padre con el Hijo. La unidad de Padre e Hijo (vv. 28b-29) es la base en la que Jesús fundamenta su afirmación de que es la única revelación de Dios (v. 28a: YO SOY). El Padre está siempre con Jesús (v. 29a), y, por ello, todo cuanto el Hijo hace agrada al Padre, es decir, está en perfecta sintonía con su voluntad (v. 29bc).

.- Sin más detalles, el narrador anuncia que muchos de entre «los judíos» llegaron a creer en Jesús por estas palabras que él dijo. Las amenazas (v. 24) y las promesas (v. 28) no han caído en saco roto (v. 30). Hay «judíos» entre los destinatarios del mensaje de Jesús que se convierten en seguidores suyos. De hecho, si la comunidad joánica existe era porque esto era verdad.

.- **Conclusión a 8,12-30:** Durante la celebración de los Tabernáculos, Jesús se ha revelado como la luz del mundo, perfeccionando y universalizando la celebración del templo como la luz de toda Jerusalén y la Ley como la lámpara y la luz que conducen a Dios. La discusión que sigue a esta revelación se centra en Dios como Padre de Jesús. La obcecación y resistencia de los fariseos (vv. 12-20) y «los judíos» (vv. 21-30) se debe a su determinación de juzgar todo por su Ley (cf. v. 17). Ellos están controlados por lo de «abajo» y a Jesús y su Padre sólo se les puede entender mediante la apertura a lo «de arriba» (cf. v. 23). Por tanto, ellos no conocen a Jesús ni a su Padre (v. 19). Sólo si se acepta a Dios como su Padre se resolverá el misterio de Jesús, el agua viva (7,37-38) y la luz del mundo (8,12). Pero «no sabían que les hablaba del Padre» (v. 27).

Así como cada día los sacerdotes proclamaban su fidelidad al único Dios verdadero, dando sus espaldas al sol naciente, ahora están corriendo el peligro de volver sus espaldas a la fuente de agua viva (7,37-38) y a la luz del mundo (8,12), al enviado por Dios (8,16.18.26.29). Jesús cumple, universaliza y trasciende los símbolos y la expectación de los Tabernáculos por su unión con Dios (8,28-29). Habla a «los judíos» de un evento futuro: ellos levantarán al Hijo del hombre. Entonces se darán cuenta de su unidad con Dios (vv. 28-29). Sorprendentemente, muchos de entre «los judíos» lo aceptan (v. 30). Pero «muchos» no significa «todos». La amenaza de muerte (cf. 7,1.11.19.25) y la violencia que rodea la presencia de Jesús en Jerusalén para la celebración de los Tabernáculos (cf. 7,30.32.44; 8,20) no han desaparecido.